



Nº 34, 1999

RUBÉN ASTUDILLO Y ASTUDILLO, DIPLOMÁTICO Y TESTIGO

Feng Hua

Para Rubén Astudillo y Astudillo, haber estado en China durante dos largas temporadas en los últimos diez años, es algo que no le sucede a cualquiera. Haya que tener suerte, dice. Y, desde luego, saber disfrutarla.

-Cuando arribé a China, ustedes habían definido la fase que China está viviendo como Etapa Primaria del Socialismo. Todo el mundo se mantenía a la expectativa. No era para menos. No estaban muy lejanos los tiempos de los grandes experimentos políticos y económicos de los primeros años de la República Popular, y la gente como que tenía sus recelos: el Movimiento de las Cien Flores, el Gran Salto Adelante, la Revolución Cultural y la Banda de los Cuatro; las caídas y rehabilitaciones de Deng Xiaoping, etc. A propósito de Deng Xiaoping, hay que valorar sus aforismos, los que a alguna beatífica izquierda internacional le hacían rasgarse las vestiduras, como aquellas de que el socialismo no tiene por qué ser sinónimo de pobreza, o que es glorioso enriquecerse, o que, no importa que el gato sea negro o blanco sino que sepa cazar ratones. El ahínco con que el pueblo chino se había puesto a trabajar, demostraba que por encima de cualquier estaba la fe, la seguridad, diría yo, e que esta vez... iba a ser vencida.

- *¿Cómo pudo apreciar ese ambiente?*

- Antes que nada, viviendo aquí. Luego, analizando, conversando, leyendo.

- *¿Eso no era muy difícil para un extranjero que desconocía el idioma chino?*

- Claro que lo era. Todavía lo sigue siendo, y no sólo por el idioma. Es la propia complejidad de la evolución histórica china. Una nación y un Estado con más de cuatro mil años de historia, no es algo que se pueda aprehender de la noche a la mañana. Nadie puede hacerse sinólogo por simple deseo o por decreto. Mi conocimiento de lo Chino, para decirlo de algún modo, es producto del trato diario con la gente. Con la gente china y extranjeros que viven en China.

¿Una dulce vida?

- *¿Cómo era el ambiente diplomático en esos años?*

- Intenso, igual que ahora. La ciudad era más pequeña, y esto no tanto por su dimensión sino por el escaso tráfico, que nos permitía ir de un lugar a otro en contados minutos. Podíamos estar en todas partes, como quien dice; alternar con mayor facilidad; y, desde luego, conocer muchas cosas más de cerca. Me parece que el contorno físico de la urbe facilitaba un mayor trato entre los miembros de las misiones diplomáticas acreditadas en Beijing, que casi diariamente nos reuníamos en clubes o en pequeños cenáculos de amigos de



(*) Entrevista publicada en la revista "China Hoy", Nº 3, marzo 1999, al señor Rubén Astudillo, Ministro del Servicio Exterior Ecuatoriano, cuando desempeñaba funciones en la Embajada en la República Popular China

diferentes nacionalidades para conversar sobre China y el mundo, mientras tomábamos un whisky, cenábamos y no dejábamos de admirar la gracia de las chicas que nos atendían en los hoteles Palace, Jianguo, Sheraton, Holliday, Toronto, y de cuando en cuando, en el Sangri-la, que poco a poco se ha ido haciendo lejísimo. Parecía que en esos años la belleza de Beijing desfilaba por esos hoteles.

- *Muchos diplomáticos de ese tiempo afirman que la vida en los compounds diplomáticos les obligaba, y parece que todavía, a vivir aislados de la población nativa. ¿Usted se ha sentido aislado?*

- No. Quizás algunas veces. Pero, aislado totalmente, no. Para empezar, uno convive con la gente nativa en residencias, en las oficinas, en los vehículos. Que no haya comunicación fluida es otra cosa. Eso sucede no solamente en China. Por los años ochenta el trato, efectivamente, no era muy fácil. Había entre la población china cierto recelo, algunos tabúes, temor al qué dirán... los vecinos o la célula, pienso. Entre los extranjeros era igual. Tampoco entre ellos eran escasos los recelos y temores. Muchos vivían pensando en si eran ciertos los cuentos de que se nos espiaba. Esto se advertía mejor en el trato con el hombre de la calle. Era fácil darse cuenta que se nos trataba de lejos. A lo mejor tenían razón quienes así lo hacían. También entre nosotros había gente que se sentía como tres o cuatro Marco Polos en uno solo. Pero ahora se puede advertir, que en la población china hay un cambio de mentalidad, un giro de casi noventa grados. Me parece que el mejoramiento de la economía y las condiciones de vida han influido notablemente para este cambio de conciencia y de comportamiento; la gente ha adquirido mejor estatus individual y se siente con más seguridad y libertad personal. Era obvio que la reforma, la apertura al exterior y la modernización en estos últimos veinte años trajeran estas consecuencias positivas y por ahí, creo, puede ir madurando aquello de la reforma política de la que tanto se habla y poco se conoce fuera de China.

Entre chinos

- *¿Puede referirnos algo personal en su trato con los chinos?*

- De la parte china siempre me agradó su sentido de respeto al interlocutor, su buen tacto, y, cuando la amistad se profundiza, su sentido de la ironía fina.

He conocido y tratado a conocidos literatos, escritores, poetas, críticos, pintores, calígrafos, periodistas, pedagogos, científicos, y también a trabajadores comunes y corrientes. He frecuentado sus hogares y sus reuniones y he compartido, y sigo haciéndolo, sus momentos de solaz. Así he conocido a catedráticos universitarios, traductores, hispanistas, en fin. Con gente como el profesor Meng Xianchen, el profesor y poeta Zhao Zhenjiang, el



calígrafo Wang Chenjia –adem’s, diplomático-, los emjabadores Lo Zhaoxing y Xu Yicong, Li Deming, Li De’en (editor de la revista hispanista), el editor Zhen Mouda, nos reuníamos con frecuencia en un viejo restaurante situado cerca del hotel Lido. Se llamaba Gengis Khan. En medio de las frías noches invernales de Beijing, la yurta del viejo restaurante resplandecía como un campamento bajo la luz de las estrellas.

Vale la pena, en este punto, hacer una referencia especial a Li Deming, escritor, periodista, traductor, intelectual a tiempo completo. Gracias a él pude conocer más tarde a personajes como los grandes poetas M Qin y Yang Zimin. Sería largo enumerar más nombres, pero a través de ellos he conocido la idiosincrasia del pueblo chino. Por ejemplo, con Li Deming, director de la revista China Hoy, en español, hemos establecido una suerte de domingos culturales, en los que con él y otros amigos hablamos, entre libros originales, de traducciones, comentarios literarios, sobre la literatura latinoamericana, portuguesa, y, naturalmente, china. Intercambiamos ideas sobre política, religiones y hasta sobre medicina. Sobre la medicina china que para nosotros se mueve todavía entre lo mágico y lo científico, pero con resultados prácticos que uno puede experimentar, como es mi caso, ya que he tenido la oportunidad de “sentir en vivo y en directo” la bondad de la acupuntura, gracias a la matemática delicadeza con que Li Ying, la hija médica de Li Deming, maneja las agujas y me ha curado algunas enfermedades. Para ella, la medicina china, a diferencia de la occidental, se preocupa particularmente del paciente antes que de la enfermedad en cuanto tal; en ese sentido, la medicina china es más humanista, más global, que la occidental, y menos cara. Tal vez un poco más larga en el tratamiento, pero tanto o más efectiva.

En nuestros domingos culturales,, mientras revisamos textos, escuchamos música clásica china y charlamos sobre “lo divino y lo humano” –como decíamos en Venezuela- la casa de Li Deming es una torre de Babel, frente a cuyo balcón las nubes pasan lentas e interminables, y apenas si se adivina abajo el incesante ir y venir de la gente de la ciudad. Lo de la torre de Bwebel no es un decir. Li Deming habla español e inglés; su esposa, investigadora de la biogenética, inglés y ruso; su hija, la médica, inglés y español; su yerno, también médico de la escuela tradicional, inglés y japonés; su última hija, alemán. Hay de todos los gustos y para todas las necesidades, como quien dice. Los pocos pero bien escogidos vinos y las delicias culinarias de la familia le dan a sete apartamento, en cambio, un aire hondamente familiar, inolvidable.

La China del siglo XXI

-¿Hay algo que le haya impresionado de modo especial en Beijing esta segunda vez?

- Si bien Beijing se ha expandido por los cuatro costados, lo que más me impresionó cuando vine por segunda vez fue su crecimiento hacia arriba. Ese desarrollo urbanístico vertical conjunciona la exquisitez de su arquitectura tradicional con la funcionalidad del a moderna arquitectura occidental.



Contrasta, a la vez, con la monumentalidad seca de la arquitectura de los primeros años de la República Popular. Se afirma que el ritmo con que avanza la industria de la construcción simboliza el ritmo de desarrollo de un país. Permítaseme aseverar que China vive una suerte de fiebre de construcción. Pero ese fenómeno puede advertirse no sólo en Beijing sino en toda China, es algo que se palpa en la gigantesca urbe que es Shangai como en el más remoto poblado rural. Si a la industria de la construcción civil se añade la pujanza de la construcción industrial y la febrilidad con que se tienden redes viales –sobre todo en ferrocarriles, carreteras y aeropuertos- ya podemos hacernos una idea de la velocidad con la que China ingresará a la historia del siglo XXI como una potencia global y completa. Lo que digo de la construcción industrial, vial o urbana, hay que decirlo también de la agricultura, del impresionante desarrollo científico y tecnológico aplicado a la producción de bienes. No sé de otro país que pueda exhibir un promedio de crecimiento económico sostenido de casi diez por ciento durante veinte años, es decir, desde que se inició la política de reforma y apertura al exterior.

Socialismo chino

Acabo de leer un comentario titulado “20 años de la Reforma que devolvió China al mundo”, escrito por el español Enrique Fanjul. En uno de sus acápites dice: Deng Xiaoping, que se convierte a fines de los años setenta en el artífice de la nueva política china, estableció un pacto social con el pueblo chino. Este pacto tenía dos grandes componentes. De una parte, el pueblo se comprometía a respetar el poder dominante del Partido Comunista. Como contrapartida, el Partido se comprometía a darle dos cosas: una mayor grado de libertades personales, por un lado, y de bienestar económico, por otro. Hasta ahora, dice Fanjul, el pacto se ha cumplido. Y destaca, entre otros de los éxitos determinados por ese pacto, o mejor dicho por la política de Deng, la espectacular inserción de China en el mundo. Y, diría yo, la consolidación del Socialismo con peculiaridades chinas.